

FE Y DESARROLLO

CLAUSURA CURSO 2024-2025

Querido amigos y amigas, buenas tardes.

Llegamos hoy al final de este curso 2024-2025 que iniciamos hablando de una “sociedad furiosa” que correspondía, desde muy variados matices, a una sensación generalizada de malestar social, reflejado en la búsqueda de la felicidad, en la soledad no deseada, en la crisis de la moral y los valores... Sin ánimo de ser más pesimistas de lo que éramos al comenzar el curso, la verdad es que la realidad que vivimos supera con creces lo que esperábamos y hemos ido viviendo, para mal y para bien.

Es trágico que nos estemos olvidando de la crisis ecológica universal ya sin marcha atrás, porque la virulencia o la locura del presente se nos hace todavía más evidente e incluso más urgente que importante o necesario. Cuando se nos llega a decir que “la tierra es plana” o se cierran a los científicos extranjeros las universidades más prestigiosas, cuando se hace tabú la palabra genocidio, cuando mueren asesinados cientos de miles de personas por mandato de tres o cuatro locos mesiánicos... ¿qué podemos esperar?

A pesar de todo, la palabra esperanza es la palabra que debemos gritar con más fuerza, y, como decía Labordeta, «habrá que forzarla para que pueda ser». El papa Francisco ha sido siempre una bocanada de oxígeno para una humanidad deshumanizada. No siempre el poder y la violencia son el mayor poder, sino el amor, la honradez, la ética y la utopía, presentes en la palabra evangélica de Francisco. Ahora la esperanza tiene un nuevo nombre: nosotros. O, si queréis, una comunidad sinodal liderada por un nuevo nombre todavía casi sin estrenar: León XIV que, aunque raro, tiene resonancia de “cosas nuevas” (“rerum novarum” decía León XIII, el anterior León).

Cerramos así nuestro curso, y seguimos preguntándonos cuál es el nombre de Dios en nuestra sociedad, cómo podemos lograr la paz sin rearme, cómo podemos ser testigos de evangelio en la comunidad política, cómo podemos vivir en libertad de hijos de Dios, cómo podemos recuperar los valores, cómo podemos seguir construyendo una Iglesia nueva, cómo podemos acoger en nuestra casa a los que llegan de otros países perseguidos, engañados, hambrientos y maltratados, cómo podemos seguir la estera espiritual de Thomas Merton o el coraje y la lucidez de Concepción Arenal.

Y cerramos nuestro curso con el lenguaje universal del corazón hecho música, palpitación, interioridad, emoción y carne fresca. Lo vamos a hacer de la mano de Emilia Arija, la mujer discreta que lleva varios años pasando casi anónima por nuestros rincones, con sus rizos, su sonrisa, su disponibilidad y toda su sensibilidad convertida en canción. Mujer palentina, vecina de casa, bregada desde niña con ese lenguaje universal del amor familiar y la música, como una sola cosa. Un padre artista, payaso a veces y cantante de boleros. Y un grupo, una comunidad cristiana nacida en Huelva de la mano del Vaticano II: “Brotos de Olivo” y “Pueblo de Dios”.

Emilia ha recorrido casi toda España con su voz y su canción, con su profesionalidad y su mensaje de amor y de esperanza. Hoy la tenemos aquí, Emilia Arija, en concierto, para no olvidarnos de sus cinco álbumes con su hermano Alberto, con sus dos álbumes en solitario –“Sobre las ruinas” (2006) e “Imperfecta” (2015), además de otros trabajos colectivos como “Santa María de los Indignados” (2013).

La disfrutamos aquí todos los domingos, alma y vida de la misa de nueve y cuarto, que ya da nombre a un conjunto musical que nos ayuda a orar todos los domingos en la eucaristía. Y con ella otros compañeros discretos y anónimos como Miguel Díaz (piano), Alejandro Martín (guitarra) y Raúl Alonso (percusión).

Con vosotros, pues: ¡Emilia Arija en concierto!

José Luis Saborido SJ, director del Centro Fe y Desarrollo